

Elecciones de 1989 en Uruguay. Una interpretación del cambio del sistema de partidos

PABLO MIERES

INTRODUCCIÓN

URUGUAY ha sido tradicionalmente señalado como un caso excepcional en relación con el resto de América Latina. Una de las razones ha sido su asombrosa estabilidad política, acompañada de la continuidad y la hegemonía de sus dos partidos tradicionales en el marco de un régimen electoral con importantes garantías para el ejercicio del voto.

Efectivamente, con excepción de los golpes de Estado de 1934 y, fundamentalmente, 1973, Uruguay ha registrado una gran estabilidad política con el funcionamiento de un sistema de partidos fuertemente bipartidista. Ambos partidos tradicionales (Partido Nacional y Partido Colorado) se repartían, hasta hace muy poco tiempo, más del 90% de las preferencias del electorado uruguayo.

Sin embargo, en los últimos tiempos se han registrado novedades que plantean fuertes signos de interrogación acerca de las características futuras del sistema de partidos uruguayo. Es nuestro propósito, entonces, demostrar que nos encontramos ante un profundo proceso de cambio en nuestro sistema partidario y anotar las causas sustantivas que lo caracterizan. En sentido estricto, desde 1958 se vienen formulando permanentes vaticinios acerca de inexorables cambios en dicho sistema. Sin embargo, estas posiciones (muchas de ellas muy fundamentadas y sólidas) chocaban ante la estabilidad y fortaleza de nuestros partidos.¹

Son numerosos los ejemplos de este tipo en la bibliografía sociológica uruguaya, desde un conocido artículo que luego de las elecciones de 1962 postulaba la imposibilidad de crecimiento de los partidos de izquierda en nuestro país, hasta los recientes análisis posteriores a las elecciones de 1984 que pronosticaban la declinación inevitable de uno de los dos partidos tradicionales.

¹ Véase Mieres, Pablo: "Un sistema de partidos en transición. Notas preliminares a propósito de los resultados de las elecciones nacionales de 1989", en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 53, Montevideo, 1990.

Sin embargo, a riesgo de convertirnos en un nuevo ejemplo de los señalados, sostenemos que en la actualidad, los signos de cambio que afectan a nuestro sistema de partidos son muy claros y decisivos. A ellos dedicamos el siguiente apartado de este trabajo.

LOS DATOS PRINCIPALES DE LAS ELECCIONES DE 1989

El reciente acto electoral de 1989 en nuestro país ha permitido observar importantes novedades que, a nuestro juicio, proyectan efectos significativos hacia el futuro. Señalaremos sólo aquellas que consideramos más significativas para nuestro análisis.

Dejamos de lado, por obvio, el hecho de que las elecciones de 1989 determinaron la alternancia de los partidos en el gobierno. Efectivamente, el Partido Colorado, ganador de las elecciones de 1984, pierde el gobierno en 1989 asumiendo esta responsabilidad el Partido Nacional.

Cuando en 1985 se produce el retorno a la democracia en nuestro país, varios analistas dudaban acerca de si se reimplantaría la pauta de la rotación del partido en el gobierno que se había establecido a partir de 1958. Los resultados de 1989 afirman la continuidad de la misma en esta nueva etapa de la vida del país.

a) *La alteración de las hegemonías intrapartidarias*

Una constante de nuestra configuración política ha sido la existencia, dentro de cada uno de los partidos, de múltiples corrientes y grupos internos. También ha sido común que, con el correr del tiempo, se produjeran cambios en los predominios partidarios.

El surgimiento de nuevos liderazgos, el ocaso o la desaparición de otros, el desempeño del gobierno, son algunas de las causas que han determinado, en nuestra historia política, que más allá de la continuidad en la hegemonía de ambos partidos, se procesara la variación del predominio entre las diversas corrientes intrapartidarias. Sin embargo, se puede afirmar que en esta ocasión, los cambios verificados tienen la originalidad de haber afectado a todos los partidos simultáneamente. Lo que constituye un indicio más de la dinámica de cambio que, a nuestro juicio, afecta a los partidos.

Los resultados que se observan en el cuadro presentado indican que, efectivamente, en todos los grupos políticos se producen alteraciones en los predominios electorales internos.

En el Partido Colorado, dentro de un marco general signado por la fuerte derrota experimentada, el sector del batllismo que ejercía el gobierno desde 1985 y que, además era el 76.2% de su partido, se reduce a la mitad en relación con el electorado nacional, y pierde la mayoría en su propio partido.

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN ELECTORAL INTERNA DE LOS DIFERENTES PARTIDOS ²

	Distribución interna		Porcentaje sobre el total	
	1984	1989	1984	1989
PARTIDO COLORADO				
Batllismo	76.2	51.0	31.5	15.5
Pachequismo	23.8	49.0	9.8	14.8
Total	100	100	41.3	30.3
PARTIDO NACIONAL				
Herreristas	32.3	42.7	11.3	16.6
PLP-MNR	67.8	—	23.7	—
PLP	—	13.3	—	5.1
MNR	—	28.7	—	11.1
Renov. y Victoria	—	15.3	—	5.9
Total	100	100	35.0	38.7
PARTIDOS NO TRADICIONALES ³				
Democracia Av.	25.4	33.2	6.0	10.1
PGP	35.1	23.0	8.3	7.0
P. Socialista	13.6	15.8	3.2	4.7
PDC	9.8	5.3	2.3	1.6
Unión Cívica	10.2	1.3	2.3	0.4
IDI	5.9	—	1.4	—
V. Artiguista	—	11.2	—	3.4
MPP	—	7.6	—	2.3
Otros F. Amplio	—	2.6	—	0.7
Total	100	100	23.6	30.2

FUENTE: Elaboraciones propias sobre la base de la información oficial proveniente de la Corte Electoral.

² Tomado de Mieres, Pablo, *op. cit.*

³ Bajo esta denominación se incluyen el Frente Amplio y el Nuevo Espacio. En su conjunto se puede afirmar que los partidos no tradicionales expresan a la izquierda política. Ésta se presentó electoralmente unida en 1971 y 1984, pero en 1989 se dividió en dos fuerzas diferentes. Por un lado, el propio Frente Amplio y por el otro el nuevo espacio que se constituyó sobre la base de un acuerdo entre el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC) (ambos integraban anteriormente el Frente Amplio), a los que se sumó la Unión Cívica. Para los efectos de este análisis es pertinente sumar al conjunto de estas opciones no tradicionales para realizar la comparación.

En el Partido Nacional, que es el partido ganador de las elecciones, se asiste a un cambio significativo de predomios internos. Hasta 1984 y desde antes del golpe de Estado de 1973, la alianza entre el Movimiento por la Patria (PLP) y el Movimiento Nacional de Rocha (MNR) representaba los dos tercios de su partido. Sin embargo, en esta oportunidad, el herrerismo se convierte en la primera fuerza del Partido Nacional. Es particularmente significativo el descenso del Movimiento por la Patria que era, hasta 1984, el sector más fuerte del partido.

Por su parte, entre los grupos no tradicionales que casi en su totalidad pertenecen a la izquierda política, también se observan modificaciones importantes. En efecto, en 1984 el grupo mayoritario era el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP), mientras que en 1989 es Democracia Avanzada (DA), la opción que obtiene la mayoría de las preferencias.

En síntesis, los resultados electorales de 1989 indican que se han producido cambios significativos en el predominio interno de todos los grupos políticos.

b) *El Frente Amplio gana la intendencia de Montevideo*

Otra de las características tradicionales del funcionamiento de nuestro sistema político consistía en el monopolio que ambos partidos tradicionales poseían del ejercicio del gobierno, tanto a nivel nacional como departamental. Sin embargo, en esta oportunidad, tal monopolio se rompe y por primera vez en la historia una opción no tradicional accede a un gobierno departamental.

CUADRO 2

EVOLUCIÓN ELECTORAL EN MONTEVIDEO

	1966	1971	1984	1989
Frente Amplio	—	30.1	33.6	34.5
Partido Nacional	31.9	29.7	27.0	26.6
Partido Colorado	51.1	39.5	36.0	25.0
Nuevo Espacio	—	—	—	13.1
Otros	16.9	0.5	3.1	0.8

FUENTE: Elaboraciones propias sobre la base de información tomada de Fabregat, Jublio T., *Elecciones Uruguayas 1966 y 1971* y Alborno, Alfredo, *Elecciones*.

Ya en las dos elecciones anteriores, el Frente Amplio había estado muy cerca de acceder al gobierno de Montevideo. Pero el cambio cualitativo se produce en esta oportunidad con las obvias consecuencias que tal situación generará en el conjunto del sistema político. Esta novedad obligará a una importante readecuación de los diferentes desempeños ejercidos tradicionalmente en nuestro sistema político.

La izquierda política asume por primera vez responsabilidades de gobierno, lo que la obliga, al menos en el plano municipal, a abandonar su tradicional postura opositora y asumir el ejercicio de la función de gobierno. Los partidos tradicionales, por su parte, deberán admitir la presencia de un actor que ha aumentado su incidencia y deberán actuar como oposición a una administración de izquierda.

El mapa se hace aún más complejo si se tiene en cuenta que ha surgido un cuarto actor político, el Nuevo Espacio (surgido de la ruptura del propio Frente Amplio) que obliga a una readecuación del conjunto de las relaciones entre los partidos.

c) *El crecimiento del voto no tradicional*

El dato más notable de los resultados electorales de 1989 es el crecimiento del peso electoral de los partidos no tradicionales que, según ya vimos, corresponde a la izquierda política uruguaya.

Entre 1984 y 1989 el peso porcentual de las opciones no tradicionales crece del 23.7% al 30.8%. Sin embargo, la verdadera importancia de este proceso sólo puede observarse adecuadamente desde una perspectiva histórica.

Si tomamos como punto de partida el año de 1925, se puede observar que desde esa fecha hasta 1932 el voto no tradicional sólo llega a 2.25%. A partir de 1932 y hasta 1942 el porcentaje promedio se ubica en el 7.4%. Desde 1946 y hasta veinte años después, el promedio de los votos no tradicionales se ubica en el 9.9%.

Se puede afirmar que desde 1966 se produce una aceleración del ritmo de crecimiento de los votos no tradicionales puesto que a partir de 1971 se produce el salto electoral más alto y da comienzo un proceso ininterrumpido de crecimiento que llega hasta el presente. En 1966 el porcentaje es de 10.2%, en 1971 llega a 18.8%, en 1984 sube nuevamente a 23.7% y en 1989 se ubica en 30.8%.

Para el caso de 1989 debe agregarse que la suma de las opciones no tradicionales por primera vez iguala a los votos de uno de ambos partidos tradicionales.

Si tomamos en cuenta el último período considerado (1966-1989), es posible afirmar que el voto no tradicional se triplicó en 23 años. Tal perspectiva adquiere mayor dimensión si se observa que del total del período considerado, once años transcurrieron bajo situación de dictadura en la

que no fue permitida la actividad político-partidaria, por lo que el incremento observado se hace más pronunciado.

CUADRO 3

EVOLUCIÓN DEL VOTO NO TRADICIONAL EN EL PAÍS

	1962	1966	1971	1984	1989
Partidos tradicionales	91.0	89.8	81.2	76.3	69.2
Partidos no tradicionales	9.0	10.2	18.8	23.7	30.8

FUENTE: Elaboraciones propias sobre la base de información provenientes de Fabregat, Julio T., *Elecciones uruguayas 1966 y 1971* y Albornoz, Alfredo, *Elecciones*, Ediciones de la Cámara de Representantes, Montevideo, Uruguay.

Ahora bien, si analizamos los diferentes contextos regionales del país, vamos a observar que tal proceso es homogéneo en toda la sociedad uruguaya, aunque con diversos grados de intensidad.

En Montevideo el voto no tradicional aumentó de 16.9% en 1966 a 48.4% en 1989. Esto significa que en el contexto montevideano también se ha triplicado el voto no tradicional y hoy en día, la mitad de los montevideanos ha decidido apoyar electoralmente alternativas políticas diferentes de los partidos tradicionales, casi todas ellas pertenecientes a la izquierda política. Pero el interior del país también expresa el mismo fenómeno. En 1966 el voto no tradicional en el interior del país era del 5.4%, mientras que en 1989 ha llegado al 15.8%, es decir que también aquí se triplica el voto no tradicional.

De cualquier manera, los porcentajes alcanzados en el interior son muy bajos y la inclinación observada es muy leve y parcial, por lo que debemos ser muy cautos en la interpretación de este fenómeno en la provincia.

d) *A modo de síntesis*

En función de las características anotadas es posible afirmar que, hoy en día, nuestro sistema de partidos ya no es bipartidista sino que está admitiendo más de tres actores partidarios relevantes. Efectivamente, el Partido Nacional obtuvo el 38.7% de las preferencias electorales, el Partido Colorado recibió el 30.3% de los votos, el Frente Amplio obtuvo el 21.2% y el Nuevo Espacio llegó al 9%.

CUADRO 4

EVOLUCIÓN DEL VOTO NO TRADICIONAL EN MONTEVIDEO Y EN EL INTERIOR DEL PAÍS

	1966	1971	1984	1989
MONTEVIDEO				
Partidos tradicionales	83	68.2	63	51.6
Partidos no tradicionales	16.9	30.6	36.7	48.4
INTERIOR				
Partidos tradicionales	94.6	89.9	87.9	84.1
Partidos no tradicionales	5.4	10.1	12.1	15.8

FUENTE: Elaboraciones propias sobre la base de la información proveniente de Fabregat, Julio T., *Elecciones uruguayas, 1966 y 1971* y Albornoz, Alfredo, *Elecciones*.

Si bien la tendencia histórica es la señalada en el apartado anterior, debido a que hay un significativo aumento del voto no tradicional en todo el país, entendemos que no es posible postular una línea de determinación histórica sobre la evolución futura de nuestra estructuración partidaria.

Según veremos más adelante, las causas probables de este proceso de cambio político no nos permiten formular proyecciones inexorables sino que únicamente permiten establecer algunas hipótesis que deberán contrastarse con los acontecimientos. Así pues, el descenso sostenido de los respaldos electorales a ambos partidos tradicionales no significa que tal tendencia continúe necesariamente en el futuro. En síntesis, el sistema de partidos está cambiando, eso está fuera de discusión, pero aún resulta muy difícil establecer cuál será su estructuración futura.

Las próximas líneas están dedicadas a explicar cuáles son, a nuestro juicio, las razones profundas de este proceso de cambio y en función de ello, la dificultad de pronosticar la suerte política futura de los actores concretos.

CRISIS, AUTOPERCEPCIÓN DE LA CRISIS Y ACTUACIÓN PARTIDARIA

Una enumeración de las causas que inciden en la alteración de los respaldos electorales a los partidos políticos uruguayos, no puede obviar el

contexto socioeconómico y, en particular, la percepción que la propia sociedad posee sobre dicho contexto.

El viejo modelo del Uruguay batllista, expresión del Estado de bienestar, con indicadores sociales absolutamente excepcionales para la región latinoamericana y el correspondiente nivel de vida alcanzado, fue la constante durante la primera mitad de este siglo. Sin embargo, desde mediados de la década de los años cincuenta hasta el presente, nuestro país vive un proceso de crisis socioeconómica que aún no ha sido superado. Los análisis, por otra parte, son contundentes al señalar la existencia de una situación de estancamiento productivo, y todos los indicadores permiten afirmar que se asiste a un deterioro sostenido de las condiciones de vida de la gran mayoría de la sociedad.

Puede ser discutible cuál es el grado y la profundidad de la crisis. Incluso puede haber quienes sostengan que, en realidad, no todo el período ni la situación general puede caracterizarse como de crisis, pero lo cierto es que la propia población se autopercibe como partícipe de un proceso de crisis que se arrastra desde hace más de tres décadas. Las encuestas de opinión son contundentes en señalar la insatisfacción de la mayor parte de la población con su propia situación económica.⁴

Treinta y cinco años de crisis es mucho tiempo, por lo que la opinión pública tiende a ser fuertemente negativa con respecto a esta realidad; y es obvio que tal situación se traduce en una fuerte crítica a quienes son los responsables de la conducción política del país. No es mera casualidad que la alternancia en el gobierno comience a verificarse a partir de 1958, precisamente el período en que se inicia el proceso de estancamiento económico nacional.

Sin embargo, la alternancia en el gobierno de las diferentes fracciones de los dos partidos tradicionales tampoco permitió revertir, en ninguna de las múltiples experiencias puestas en práctica, la tendencia negativa en el plano socioeconómico.

Es posible afirmar que el Uruguay vivió en las últimas décadas muchas pruebas y otros tantos fracasos. Más allá de los resultados objetivos de las diferentes gestiones de gobierno, seguramente discutibles y en los que se podrían señalar éxitos al menos parciales, lo que nos interesa resaltar es la percepción que la mayor parte de la sociedad ha tenido con respecto a estas gestiones. Y en este sentido, podemos afirmar que, en todos los casos, el fin de un período de gobierno estuvo siempre acompañado del predominio de las posturas críticas de la mayoría de la población.

Si se tiene en cuenta que el gobierno fue ejercido en todos los casos por fuerzas políticas pertenecientes a ambos partidos tradicionales, no debe extrañar que este factor influya en la reducción del respaldo electoral que reciben ambos partidos. Por el contrario, hasta noviembre de 1989 la iz-

⁴ Para el período 1984 hasta el presente se puede observar la información disponible en *Estudios de Opinión Pública de Equipos Consultores*, publicados entre 1984 y 1989.

quiera política no había tenido ninguna experiencia de gobierno, ni nacional ni departamental. Tal situación hacía posible al menos, que no recibiera el balance negativo que surgía de la percepción crítica ante una gestión de gobierno. Ello no quiere decir que no sufriera otro tipo de críticas o evaluaciones negativas (como su falta de credibilidad democrática), pero el no ejercicio del gobierno le otorgaba una ventaja política en ese plano. A partir de este año, la izquierda asume la gestión del gobierno de Montevideo en donde vive más del 40% de la población del país.

De este modo, como se podrá observar, si la gestión en el gobierno es un elemento de peso en el electorado uruguayo a la hora de votar, la novedad del acceso de la izquierda a un gobierno departamental hace aún más difícil predecir que ocurrirá de continuar la evolución observada hasta hoy. Por lo que toca al “desgaste”, hasta ahora sufrido exclusivamente por los partidos tradicionales, podría afectar también a la izquierda política si la población no considera su gestión lo suficientemente positiva.

LA TRADICIÓN Y LOS PATRIMONIOS SIMBÓLICOS

Otro elemento fundamental para el análisis del proceso de cambio que sufre nuestro sistema partidario es el componente simbólico institucional. Nuestro país se ha caracterizado por expresar en el plano político una densa red de significados y representaciones culturales. Es posible afirmar que los partidos políticos en Uruguay son portadores de referencias muy importantes para los ciudadanos en términos de valores y símbolos compartidos colectivamente. Es posible rastrear esta fuerza de los partidos uruguayos a lo largo de nuestra historia política nacional.⁵

Los dos partidos tradicionales, como su denominación lo indica, no lo son sólo por su asombrosa continuidad histórica, sino que son tradicionales porque presentan a un verdadero “núcleo fuerte”, depositario de referencias políticas importantes.

Es así que Romeo Pérez, en el artículo ya citado, expresaba en forma por demás nítida, la importancia y la sustancia del componente tradicional en la historia de los partidos Colorado y Nacional:

En cualquier partido, de cualquier sistema político moderno, la observación más somera registra sin duda el componente tradicional; el vínculo entre intelectual y afectivo, entre simbólico y discursivo, entre ritual y misional que acumuna un enérgico “nosotros” movilizador: la tradición. Se lo ve en ocasiones antiguo y tenaz, inclinado a evocar las siluetas ecuestres de los cien

⁵ Romeo Pérez sostiene: “Aun admitiendo que intervinieron decisivamente un arbitraje militar (1876-1880) y la acción de una élite doctoral (1872-1890), el éxito de la marcha a la democracia pluralista debe adjudicarse a los partidos políticos. Éstos se convirtieron de bandos armados en movimientos electoralistas de masas”, Pérez, Romeo, “Los partidos en el Uruguay moderno”, en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 31, Montevideo, 1985.

años de soledad de estas patrias iberoamericanas; se lo aprecia otras veces como en su infancia, creciente y destinado a sobrepasar derrotas y aburguesamientos. En pocos casos, sin embargo, como en el Partido Nacional y el Partido Colorado de nuestro país sustituye en tan amplia medida el texto ideológico y el programa de gobierno, si bien los alumbraba cada tanto —un poco enclenques.⁶

El patrimonio simbólico acumulado por ambos partidos ha sido uno de los recursos más potentes para mantener su vigencia y predominio político. Es así que “lo blanco” alude inequívocamente al “Cerrito”, “la Defensa de Paysandú”, Aparicio Saravia, Masoller, “la Marcha de Tres Árboles”, Herrera, el poncho y Wilson; mientras que “lo colorado” es inseparable de Rivera, “el gobierno de la Defensa”, “Quebracho”, Batlle y Ordóñez, el club político y Luis Batlle. Estos elementos convocantes han sido transmitidos generacionalmente como referencias ineludibles para la constitución de lealtades institucionales y se han convertido en componentes significativos unívocos de la adhesión partidaria a cada una de las colectividades políticas. Sin embargo, el análisis de la presentación pública de las opciones políticas pertenecientes a ambos partidos tradicionales en la reciente instancia electoral de 1989, indica la ausencia casi total del componente tradicional en el mensaje político hacia el electorado.

A diferencia de lo ocurrido en otras instancias, en 1989 los dos partidos (Nacional y Colorado) casi no han hecho uso de referencias a su patrimonio simbólico, ni han trabajado los componentes políticos vinculados a sus tradiciones.

La comparación con las instancias anteriores, fundamentalmente las anteriores a 1973, hace aún más contundente el cambio, puesto que en aquéllas, las alusiones a la tradición y a los referentes simbólicos e institucionales formaban parte del núcleo del mensaje electoral de ambos partidos.

¿Crisis de la capacidad convocante de estos elementos políticos, error estratégico en la presentación de la campaña electoral, olvido imperdonable? Seguramente debe haber múltiples factores que inciden en ello.

No parece ser ajeno a este resultado el énfasis puesto por las opciones más significativas de ambos partidos tradicionales en la necesidad de la “modernización” del país.

Los discursos de Luis A. Lacalle (principal candidato del Partido Nacional y finalmente ganador de las elecciones) y de Jorge Batlle (principal candidato del Partido Colorado), coincidían en priorizar la necesidad de una profunda reforma del papel del Estado, reduciendo su espacio de gestión y desarrollando una política de privatizaciones. Se convocaba a una profunda transformación socioeconómica en el marco de una orientación neoliberal que debía echar por tierra al tradicional funcionamiento de la sociedad uruguaya. Los viejos amortiguadores y contrapesos que han carac-

⁶ Pérez, Romeo, *op. cit.*, p. 76.

terizado a la sociedad uruguaya,⁷ eran cuestionados duramente en medio de un discurso ortodoxo del neoliberalismo privatista. Como puede suponerse, resulta difícil proponer un futuro diferente, reivindicando al mismo tiempo el propio pasado y su simbología.

Una segunda línea de razonamiento que postulamos para explicar la ausencia del mensaje público de los partidos tradicionales, tiene que ver con la fascinación con los medios masivos de comunicación. La sociedad uruguaya, tradicionalmente un poco provinciana y más bien refractaria a las innovaciones, ha sufrido en esta ocasión más que en instancias anteriores, el impacto del descubrimiento de estos medios de comunicación en las campañas políticas. Luciano Álvarez señalaba en un artículo escrito en mayo de 1989:

Si bien es cierto que las campañas electorales vocijingleras y cada vez más televisadas no son una novedad en el país, las elecciones de noviembre de 1989 presentan algunos rasgos que acentuarán previsiblemente el fenómeno de no acordarse nuevas reglas de juego.

En primer lugar parece indudable que los grupos políticos aceptan cada vez más el juego de la mediatización y confían buena parte de su suerte a la televisión, a su supuesta capacidad de seducir a distancia y en poco tiempo. El fenómeno parece acentuarse además por la novedosa influencia —novedosa por su crecimiento e intensidad— de las agencias de publicidad y los creadores de imagen, (los *handlers*, en la jerga norteamericana).⁸

Es decir, que el peso de los medios ha sido decisivo en esta instancia electoral para definir perfiles, acentos, imágenes y mensajes. Es plausible sostener que la propia dinámica de la construcción de imágenes en el *marketing* político lleva a la creación y a la innovación en materia de referentes publicitarios, lo que puede actuar negativamente sobre los componentes tradicionales (por definición más viejos y permanentes).

La tendencia natural de una agencia publicitaria es construir mensajes y símbolos novedosos que fundamenten la especificidad de la instancia. Tal tendencia es difícil de compatibilizar con la reafirmación de los referentes más tradicionales. Sin embargo, no todo el campo político presenta un panorama similar en este aspecto. Por el contrario, dentro de la izquierda, el Frente Amplio nos brinda un ejemplo de intenso manejo del capital simbólico tradicional durante la campaña electoral.

Efectivamente, el Frente Amplio ha generado, desde su fundación, un conjunto sólido de símbolos que pautaron su expresión pública. Es posible hablar, hoy en día, de una tercera tradición que se ha hecho su propio

⁷ El planteamiento más lúcido de nuestra bibliografía sociológica y que refleja esta caracterización del funcionamiento de la sociedad uruguaya puede encontrarse en: Real de Azúa, Carlos, *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, CIESU-EBO, Montevideo, 1984.

⁸ Álvarez, Luciano, "La mediatización de la política. Reflexiones sobre el ágora electrónica", en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 49, Montevideo, 1989.

espacio en el campo institucional de la política uruguaya: ⁹ el “frentismo” ha asumido, del mismo modo que el “coloradismo” y el “nacionalismo”, un significado muy preciso para el electorado uruguayo. No se trata de la suma de las tradiciones sectoriales de los partidos que lo componen, que en algunos casos existen aunque con una importancia sensiblemente menor, sino de una identidad propia y peculiar perteneciente al Frente Amplio como conjunto. Como decíamos en una oportunidad anterior:

A los componentes simbólicos ya mencionados, el periodo autoritario agregó el contundente peso de una común experiencia de persecución, manifestada en sus múltiples formas, desde la prisión al exilio e incluso la muerte. El acontecimiento trágico, la vivencia traumática, el correspondiente sentimiento de la resistencia primero, de la sobrevivencia luego y del resurgimiento público después, cargan de un sentido muy pleno de significados a aquellos símbolos iniciales de este actor político.¹⁰

No obstante, a diferencia de lo ocurrido con el referente simbólico de los partidos tradicionales, el Frente Amplio manejó dichos patrimonios políticos en forma muy fuerte en las recientes elecciones. Justamente, a pesar de que poco tiempo antes de las elecciones se produce la ruptura del Frente Amplio, con la escisión de los partidos Por el Gobierno del Pueblo y Demócrata Cristiano, éste centra su campaña electoral en la reivindicación de su patrimonio simbólico.

De este modo, la apelación a la “lealtad frentista” es un contenido prioritario de su mensaje público, y su bandera, sus colores y su herencia política constituyen una presencia permanente a lo largo de la campaña.

Se podría sostener, a modo de hipótesis de trabajo, que el especial énfasis puesto en la reivindicación de la identidad frentista fue un factor relevante en el éxito electoral obtenido por el Frente Amplio puesto que, a pesar de la ruptura ocurrida, esta fuerza política pudo mantener el porcentaje de votos que había obtenido cinco años atrás, reivindicando de esta forma la continuidad político-electoral de esta fuerza política.

El Nuevo Espacio, la otra alternativa de la izquierda política (surgido a pocos meses de las elecciones), no se ha constituido aún en una referencia simbólica tradicional diferente del conjunto de sus componentes, por lo que dicho factor no operó en su estrategia electoral ni en su mensaje público. La herencia frentista, según ya vimos, fue usufructuada en forma exclusiva por los grupos que continuaron unidos bajo la propia denominación Frente Amplio.

⁹ A este respecto es posible mencionar, entre otros trabajos que señalan esta novedad, a Beisso, Ma. del Rosario y José Luis Castagnola, “Identidades sociales y cultura política en Uruguay”, *Cuadernos de CLAEH*, núm. 44, Montevideo, 1987; Caetano, Gerardo y José Pedro Rilla, “Izquierda y tradición en Uruguay”, en *Suplemento “La Lupa”, Brecha*, Montevideo, julio de 1988; Argones Nelson y Pablo Mieres, “La polémica en el Frente Amplio: ¿pugna por contenidos organizacionales o institucionales?”, en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 49, Montevideo, 1989.

¹⁰ Argones, Nelson y Pablo Mieres, *op. cit.*, 1989.

Por otra parte, es posible sostener que el conjunto de la izquierda política, al contrario de los partidos tradicionales, ha expresado la defensa del “viejo Uruguay batllista”, emitiendo un mensaje que reivindica la viabilidad de la reconstrucción de una sociedad de bienestar social. Tanto el Frente Amplio como el Nuevo Espacio expresan esta apelación solidaria y a la vez nostálgica, que bien puede haber colaborado al aumento de respaldos electorales a estas opciones políticas.

En síntesis, el componente tradicional que a lo largo de nuestra historia había sido uno de los pilares indiscutidos del éxito político electoral de los dos partidos tradicionales, parece convertirse hoy en día en un factor que, al no ser utilizado adecuadamente por los partidos tradicionales, puede influir en el descenso electoral de dichos partidos y en el crecimiento electoral de la izquierda política uruguaya que ha comenzado a valorar la importancia de dicho factor.

LA CRISIS DE LOS MECANISMOS DE INTERMEDIACIÓN POLÍTICA

Otro de los componentes característicos del funcionamiento del sistema político uruguayo fue la presencia de una intensa y eficaz red de organismos de intermediación política. La política uruguaya de los años 30 en adelante no puede entenderse sin tomar en cuenta la función social que cumplen los denominados “clubes políticos”, “seccionales” o “baluartes” partidarios. Esos ámbitos de socialización política, de carácter urbano y con objetivos explícitamente clientelistas fueron un componente indispensable para el asentamiento y la vigencia política de los partidos tradicionales uruguayos. En este sentido, Romeo Pérez en el artículo ya citado señalaba, al listar los componentes organizativos comunes a ambos partidos tradicionales,

g) El club o comité constituye el módulo urbano vivo de nuestros partidos tradicionales: capta y socializa políticamente, imparte el vocabulario y las premisas ideológicas, identifica idoneidades y forma equipos de trabajo, canaliza capilarmente los intercambios del partido con el medio social. Si bien se utiliza como unidad de toscos cómputos de arrastre electoral (‘fulano tiene tantos clubes’), existe una jerarquización de los comités, según el radio que señorea sin competidores intrapartidarios y la antigüedad de su trayectoria; cuenta también el rango alcanzado en el partido y/o el Estado por el o las cabezas del centro.¹¹

Junto a esta caracterización de las tareas que cumplían tradicionalmente estos ámbitos partidarios, debe destacarse la función de intercambio clientelista que forma parte de la propia identidad del club político.¹² En un

¹¹ Pérez, Romeo, *op. cit.*, 1984.

¹² Un excelente tratamiento del mecanismo clientelista cumplido por los “clubes políticos” en nuestro país, puede verse en Panizza, Francisco, *Uruguay: batllismo y después*, cap. 3, EBO, Montevideo, 1990.

trabajo realizado por Germán Rama, publicado en 1971, éste señala las características que poseían estos “clubes políticos”,

El club político fue durante la consolidación del sistema democrático la agencia de politización e incorporación de la masa, especialmente urbana, al proceso de decisiones. Como tal, jugó un papel de extrema importancia en la socialización, la institucionalización de la participación progresiva de los estratos sociales —especialmente los inferiores— en el poder y la comunicación de éste con la base. Más aún, parte de la confianza que ha manifestado la población en el sistema electoral se debe en buena medida a su profunda y continua labor.¹³

A tal punto había llegado la valoración del rol del club en el funcionamiento del sistema político uruguayo que muchos analistas, en la década de los sesenta, señalaban que el mecanismo de “clientela” era decisivo para el éxito electoral de los partidos tradicionales. Obviamente, tal afirmación constituía una caricatura bastante alejada de la realidad, pero lo cierto es que los “clubes políticos” por numerosas razones, ciertamente no sólo clientelistas, fueron factores sustanciales e insustituibles de la política uruguayana durante un largo tiempo. Sin embargo, actualmente estos mecanismos de intermediación política se encuentran en crisis. Los viejos baluartes partidarios no han mantenido la vigencia de otros tiempos y, si bien continúan existiendo, su influencia en el resultado electoral parece haber descendido significativamente.

Ya a fines de los años sesenta, precisamente en el momento que más se hablaba acerca de la importancia decisiva de estos clubes para el éxito electoral de los partidos, en las entrevistas que Germán Rama realizara a un conjunto de dirigentes de clubes políticos, era posible apreciar los inicios de la crisis que hoy se expresa con total nitidez.¹⁴ Así, por ejemplo, uno de los dos dirigentes entrevistados decía, “uno les saca la credencial, los trae al club, las aconseja con la experiencia (...) y los trae al Partido. Pero qué pasa cuando esos muchachos se están cuatro o cinco años en el club vegetando, y cuando mañana hay que darles una solución porque la necesitan, no se les puede ofrecer más que changas, porque eso es lo que ofrece el Partido”.¹⁵ Otro dirigente barrial indicaba: “Muchas veces el dirigente se sacrifica por conseguir una solución al compañero y después ese compañero con toda falta de lealtad vota contrariamente a lo que debería. Antes la gente era diferente...”.¹⁶ En el mismo sentido se quejaba otro dirigente barrial, “La única ventaja que yo veo en los clubes es que sirven para hacer la inscripción. Pero por lo demás (...) yo a veces el día de las

¹³ Rama, Germán, *El club político*, Editorial Arca, Montevideo, 1971.

¹⁴ Rama, Germán, *op. cit.*, 1971.

¹⁵ Declaraciones del dirigente barrial Carlos Rodríguez en julio de 1967, Rama, Germán, *op. cit.*, pp. 43 y 44.

¹⁶ Declaraciones del dirigente barrial Alberto Ferrari en mayo de 1967, Rama, Germán, *op. cit.*, p. 75.

elecciones me pongo a llevar la cuenta de la gente del club que va a votar y ahí se ve bien el engaño".¹⁷

Seguramente es posible tejer numerosas hipótesis para explicar las causas de tal declinación. Lo cierto es que aún no se ha realizado una investigación que permita estudiar en profundidad este fenómeno. El conjunto de la sociedad urbana uruguaya ha sufrido importantes modificaciones en las últimas dos décadas. Los ámbitos públicos de socialización, antes muy frecuentados, tales como los "bares" o "cantinas de clubes sociales", hoy se han reducido hasta convertirse en un fenómeno marginal. La sociabilidad del ciudadano uruguayo se ha reducido sensiblemente, quizás como parte de las estrategias de reducción del consumo personal que un importante sector de la población debe asumir ante el descenso de su nivel de vida. La crisis del "club político" no debe ser ajena a esta restructuración más general de la sociabilidad ciudadana del uruguayo, y en su análisis deberá explorarse la realidad actual de dichos clubes.

Pero, más allá de esta apreciación general, que merecería un análisis más riguroso, parece plausible afirmar que algunos aspectos directamente vinculados al funcionamiento del club político, también han sufrido importantes modificaciones y el mecanismo de clientela parece haber sido el factor que ha sufrido el mayor desgaste.

La oferta de un Estado en expansión permitía un desarrollo importante de la relación clientelista, pues existían aún bienes que distribuir. Pero la ya mencionada crisis del Estado de bienestar ha afectado decididamente la capacidad de oferta particularista del propio sistema político.

Las posibilidades de acceso a un cargo público han disminuido enormemente, y a esto debemos agregar, ya en estos últimos años, la propuesta política de reforma del Estado que se orienta decididamente hacia la reducción del tamaño del aparato estatal con la consiguiente obstrucción, cada vez más definitiva, del acceso a la función pública. No sólo esta situación ha influido en el descenso del poder de los clubes políticos. También debemos tener en cuenta que los propios beneficiarios de la relación clientelista parecen haber reinterpretado los términos éticos del vínculo con el club o con los dirigentes partidarios, en este aspecto.

Sin embargo, el período de la dictadura, con la consiguiente clausura de la vida política no significó la desaparición de este tipo de relación particularista. Los militares y jefes del gobierno de facto asumieron el papel que en la política tradicional tenían los dirigentes políticos. Esta experiencia debe haber contribuido a generar la escisión entre la obtención del favor y la lealtad política por parte del ciudadano, ya que éste podía sentirse liberado de la obligación moral de retribuir el favor en tanto era obtenido en el marco del autoritarismo y por lo tanto no se convertía necesariamente en un partidario de la dictadura. Los hechos posteriores fueron contundentes en demostrar que muchos individuos que obtuvieron

¹⁷ Declaraciones del dirigente Jorge Latorre en julio de 1967, Rama, Germán, *op. cit.*, p. 104.

beneficios laborales o personales durante la dictadura mantuvieron una postura contraria al propio régimen.

La percepción creciente por parte de la ciudadanía de que la relación clientelista es una relación utilitaria en la que el partido o el dirigente otorga un beneficio para obtener una ventaja (el voto), presionando indebidamente sobre la voluntad del ciudadano, sumada a la experiencia dictatorial señalada más arriba, estaría generando una deslegitimación del procedimiento que permitiría la desobediencia en la contraprestación. Además, esta desobediencia gozaría en nuestro país de los beneficios del sistema electoral uruguayo que garantiza una efectiva protección del carácter secreto del voto. Es posible suponer que esta pérdida de legitimidad no sólo afecte a la relación clientelista sino que se extienda al propio ámbito de intermediación política, es decir, al club, puesto que éste dejaría de cumplir una de sus funciones sociopolíticas. Así, la pérdida del protagonismo de los organismos de intermediación política, no afecta sólo a los partidos tradicionales, también la izquierda política enfrenta una crisis de sus propios órganos de intermediación ciudadana.¹⁸

En efecto, los Comités de Base (denominación de los organismos de base pertenecientes al Frente Amplio) que tuvieron un papel preponderante en el surgimiento del Frente Amplio en el año 1971 y que reaparecieron con similar o mayor fuerza en la apertura democrática de 1984, expresaban en 1989 síntomas similares de crisis a los observados en los clubes de los partidos tradicionales. Obviamente, las características de éstos son diferentes a las que señalamos para los clubes de los partidos tradicionales. La función tradicional de oposición política que han cumplido históricamente los partidos de la izquierda política en nuestro país se ha traducido en el predominio de posturas contestatarias ajenas al manejo del aparato estatal. Esto no quiere decir que no cumplieran una función relevante en la captación de adhesiones electorales, sino que ésta se obtenía por la vía de la acción movilizadora. Justamente, en el caso de los Comités de Base, las causas de la crisis debían explorarse en torno a la crisis del paradigma ideológico que sustentaba su práctica.

No es casual que el auge de estos organismos se produjera en dos momentos de alta movilización social; los primeros años de los setenta, cuando la polarización sociopolítica estaba en su punto más alto; entre 1983 y 1985 cuando se producen las acciones movilizadoras que desembocaron en el retorno a la democracia.

La utopía fundada en que es posible que una sociedad viva en perpetua movilización, por lo que el objetivo es ir sumando cada vez más ciudadanos a dichos procesos, chocó con la evidente imposibilidad de tal

¹⁸ En agosto de 1990, luego de la obtención del gobierno municipal de Montevideo por parte del Frente Amplio, los niveles de participación en las elecciones de autoridades en los comités de base presentaron sus niveles más bajos en todo el país. En 1986 en Montevideo votaron 38 882 adherentes, en 1988 lo hicieron 48 935 y en 1990 sólo 29 540, *Semanario Búsqueda*, 30.08.90.

modelo teórico que fue refutado por la realidad de un descenso abrupto de los niveles de participación de la gente. A tales constataciones deben agregarse los datos que provienen de la crisis de los modelos históricos que operaban de referencia ideológica para la mayor parte de estas organizaciones.

La frustración de esta apuesta político-ideológica repercute rápidamente en los niveles de funcionamiento de los Comités de Base, creados como dinamos imprescindibles de un proceso de movilización creciente. La consecuencia inevitable era la pérdida de incidencia creciente de tales ámbitos políticos.

En síntesis, estamos presenciando al inicio de la década de los noventa, un proceso de profunda transformación de los tradicionales mecanismos de intermediación política que afecta a todos los partidos políticos. Tal factor es quizás uno de los más relevantes para impedir un pronóstico acerca de la evolución futura de nuestro sistema de partidos. La suerte electoral futura de todos los partidos dependerá, entre otras cosas, de la capacidad que demuestren para reestructurar o renovar sus órganos de intermediación política y sus mecanismos de captación de adhesiones.

LA CONTINUIDAD DE LA INFLUENCIA DE LAS RELACIONES PRIMARIAS

Lo afirmado en el punto anterior con respecto a la crisis de los órganos de intermediación política no significa que las relaciones primarias hayan dejado de ser importantes en la determinación de las adhesiones partidarias en el Uruguay. Es tradicional en nuestro país el peso que los vínculos interpersonales, "cara a cara", poseen en la definición de las adhesiones políticas. La sociedad uruguaya es una sociedad pequeña, con gran homogeneidad étnica y geográfica que permite un alto grado de interrelación social y conocimiento recíproco; factores todos que realzan la importancia otorgada a los vínculos personalizados.

La crisis de los "clubes y comités" no significa que se hayan roto los vínculos personales como mecanismos privilegiados para la decisión electoral. El desarrollo de los medios de comunicación y la importancia que, según señalamos más arriba, asignaban las diferentes alternativas políticas a la campaña mediática, tampoco deben llevarnos al error de admitir la "omnipotencia" de estos medios y subvalorar el peso de las relaciones interpersonales. Sería necesario registrar mayor evidencia empírica al respecto, pero parece sensato sostener que, por el contrario, la mediatización de la política ha sustituido parcialmente algunas formas de comunicación tradicionales, tales como el acto público o la publicidad informal callejera; pero está muy lejos de compararse al peso que los vínculos de carácter primario poseen sobre la gestación de la voluntad electoral.

Ahora bien, si según lo dicho en el apartado anterior, se admite que existe una crisis en los órganos de intermediación política, deberá acep-

tarse también que la búsqueda de los nuevos canales interpersonales a través de los cuales se produce el proceso de captación de adhesiones resulta una tarea esencial para poder establecer las perspectivas de nuestro sistema de partidos. La familia y los grupos de amigos seguramente continúan siendo referencias importantes para la definición de las adhesiones políticas de los uruguayos y estas relaciones de amistad obligan a tener como referencia el contexto laboral y barrial, porque es allí donde más se constituye este tipo de relaciones. Probablemente en la red de relaciones sociales no institucionalizadas del barrio y del lugar de trabajo o estudio se estén procesando nuevas modalidades de intermediación política.

En el caso de la familia, simplemente debemos anotar que ésta ha sufrido también un cambio sustantivo en su funcionamiento, que incluye su papel como socializadora de la política. En efecto, el funcionamiento tradicional de la familia uruguaya ubicaba a este ámbito como una vía de conservación y transmisión de las adhesiones partidarias. Los padres transmitían, generalmente con éxito, sus propias preferencias a los hijos, quienes a su vez lo harían con los suyos. Tal modelo de relaciones familiares, todavía vigente con matices en muchos lugares del interior del país, se ha alterado sustancialmente.

La influencia de la familia en la gestación de las adhesiones partidarias continúa siendo, a nuestro juicio, importante; pero han cambiado sustantivamente las líneas de determinación de dichas adhesiones. La transmisión generacional de padres a hijos es, hoy en día, tan sólo una de las modalidades que puede asumir la influencia del contacto familiar. Los hijos, los nietos o los sobrinos pueden influir ciertamente sobre las preferencias de sus parientes mayores.

Como se habrá observado, tales afirmaciones no son más que propuestas hipotéticas que deberán ser objeto de investigación específica.¹⁹ Aunque lo señalado nos lleva directamente hacia una problemática que se podría considerar como el núcleo central de la crisis del sistema de partidos uruguayo: el problema de la redefinición de las identidades de los individuos.

LA REDEFINICIÓN DE LAS IDENTIDADES

a) *La identidad de los individuos*

El dato observable es que las lealtades partidarias de los uruguayos se han relajado sensiblemente. Ha aumentado la libertad y la independencia

¹⁹ Aunque la evidencia registrada a partir de datos de Encuestas de Opinión Pública (Equipos Consultores, septiembre de 1988) y de una serie de entrevistas realizadas por un proceso de constitución de identidades sociales de los montevidEOS (Argonés, Nelson: Beisso, María del Rosario; Castagnola, José Luis y Mieres, Pablo, *Informe de Investigación*, 1989, inédito, arrojaban indicios en el sentido de reconocer a los ámbitos de la familia y la amistad como especialmente significativos en la vida de los montevidEOS.

ciudadana para tomar decisiones políticas; hoy en día es admisible, sin mayor violencia moral, cambiar el voto de una elección a otra. No se trata, a nuestro juicio, sólo de un proceso de renovación generacional. Ésta, en el período 1985-1989 ha determinado un recambio de las proporciones de las adhesiones partidarias que favorece a la izquierda política y perjudica a los partidos tradicionales, particularmente al Colorado; pero no hay seguridad de que esta tendencia se mantenga en los próximos años.

No es seguro que los adolescentes actuales mantengan una preferencia sustancialmente elevada por las opciones políticas de izquierda, como sí lo hicieron las generaciones jóvenes desde los años sesenta hasta la actualidad. El “desencanto” y el desinterés por la política es muy elevado en este grupo de edad, por lo que resulta difícil establecer conclusiones en cuanto a sus preferencias partidarias. Pero, además, las encuestas de estos últimos años indican, también, que aumenta el número de electores “flotantes” o “fluctuantes”.²⁰

Estas tendencias se conjugan con la constatación de una pérdida de importancia de la política en la vida de los uruguayos. Esta afirmación podría ser irrelevante si se tratara de otra sociedad; pero tratándose de los uruguayos es especialmente trascendente.

En efecto, son muchos los autores que han señalado la importancia que la dimensión política ha poseído tradicionalmente en la vida de los uruguayos,²¹ por lo que una alteración en ese nivel sería, indudablemente, significativa, puesto que estaría indicando un proceso de redefinición de las propias identidades sociales de los individuos.²²

La información disponible de las últimas encuestas de opinión pública publicadas, realizadas posteriormente a las elecciones de 1989, son nítidas en señalar un descenso pronunciado en el interés que la política y los partidos despiertan en la población. Descenso que, por otra parte, ya se venía produciendo desde tiempo antes del evento electoral del pasado año.²³

²⁰ Los datos provenientes de las Encuestas realizadas por Equipos Consultores indican que hasta el último momento se mantuvo un 12% de indecisos a nivel nacional; las mismas encuestas señalan que más del 20% del electorado de 1984 cambió de partido (no se tiene en cuenta el cambio de opción dentro del propio partido) en 1989. Publicaciones del *Semanario Búsqueda*, octubre y noviembre de 1989.

²¹ Entre otros debemos señalar los trabajos ya citados de Francisco Panizza, *Uruguay, batllismo y después*, EBO, Montevideo, 1990; y el de Castagnola, José Luis y María del Rosario Beisso, “Identidades sociales y cultura política en Uruguay, *Cuadernos de CLAEH*, núm. 44, Montevideo, 1988.

²² Usamos el concepto de identidad social en la definición manejada en Argones, Nelson; Beisso, María del Rosario; José Luis Castagnola, y Pablo Miers, “Un modelo teórico para la investigación de las identidades sociales”, *Serie Investigaciones*, núm. 57, mimeo, CLAEH, Montevideo, 1989.

²³ En la edición del *Semanario Búsqueda* del 25 de octubre de 1990 se presentaba un cuadro proveniente de una encuesta montevideana realizada por la empresa “Equipos Consultores” en el que se señalaba la evolución del grado de interés que la política despertaba en la población. Dicho cuadro indica que en noviembre de 1988,

Si esta tendencia se consolidara estaríamos en presencia de un cambio significativo en las articulaciones de identidad de los uruguayos que, simultáneamente, favorecería el cambio de adhesiones partidarias al disminuir la importancia otorgada a las lealtades políticas. Parece razonable que esta disminución facilite el cambio de adhesiones partidarias de los individuos, puesto que también disminuye el grado de involucramiento.

b) *La redefinición de los contenidos institucionales de los partidos*

Esta dinámica seguramente se deberá traducir al conjunto del sistema político, aumentando el nivel de incertidumbre acerca del futuro del sistema partidario uruguayo. Al producirse estas tendencias de cambio en las adhesiones de los electores, los partidos políticos deben asumir al desafío de reestructurar y adaptar sus claves de convocatoria, sin descartar una alteración que afecte sus contenidos simbólicos e institucionales más significativos. En esta oportunidad no vamos a abordar una discusión en profundidad sobre esta temática; sólo señalaremos las fronteras en disputa entre los partidos políticos, que pueden ser un indicador interesante para conocer la orientación del proceso de redefinición de dichos contenidos.

Una primera disputa es la que se genera en torno a la representación del *batllismo con contenido social*. ¿Qué actor político asume la continuidad del antiguo paradigma de la sociedad uruguaya y reivindica la viabilidad del viejo pensamiento batllista en la actualidad?

El Partido Colorado, tradicional referente único de dicha propuesta, hoy tiene dificultades para representarla adecuadamente; además de éste, el Partido por el Gobierno del Pueblo, de origen colorado y batllista pero hoy integrante de la izquierda política uruguaya, expresa y reivindica desde su actual posición, la continuidad de dicha referencia histórica. No es posible señalar cuál será el resultado final de esta pugna por las señas de identificación de esta tradición política uruguaya.

En segundo término, es posible identificar un otro foco de disputa en torno a la representatividad de *la izquierda política*. Una vez producida la fractura de la izquierda que se expresaba unida en el Frente Amplio, la pugna por la representación de este referente político entre las dos partes resultantes de dicha fractura (el Frente Amplio y el Nuevo Espacio) es una de las claves políticas del futuro sistema de partidos uruguayo. A esta situación local, específica del caso uruguayo, debe agregarse la crisis de los paradigmas ideológicos que animaron los planteamientos tradicionales

para el 56% de los encuestados la política importaba poco o nada, en noviembre de 1989 (mes de las elecciones) el porcentaje se ubicaba en el 47% y en octubre de 1990 se sitúa en el 66%.

Paralelamente, en la edición del mismo *Semanario* del 2 de agosto de 1990 se observaba que para el 34% de la población montevideana los partidos políticos le resultaban antipáticos y sólo un 28% les tenía simpatía.

de la izquierda política a nivel mundial, que también está influyendo en dicho proceso. Además, debemos anotar que en la actual situación del electorado uruguayo no se descarta la existencia de un terreno apto para el surgimiento de una *propuesta populista* con fuerte contenido personalista.

En este sentido, es posible observar que ciertas notas características de estos fenómenos populistas parecen estar surgiendo dentro de las propias fuerzas políticas, tanto en la derecha como en la izquierda del espectro político uruguayo. Sin embargo, debemos resaltar que no parece plausible sostener la viabilidad en nuestro país del surgimiento de fenómenos independientes o, incluso, contrarios a los partidos como lo han sido los ejemplos latinoamericanos recientes de Fujimori en Perú o Collor de Mello en Brasil.

La importancia y densidad política de los partidos uruguayos, aun en situación de cambio, no permite acontecimientos políticos con tal grado de independencia respecto de ellos. Pero, dentro de los parámetros de la legitimidad partidaria es posible que exista espacio para este tipo de expresión política.

Finalmente, cabe mencionar la pugna por la representación del *proyecto modernizador liberal* fundado en la priorización del capital privado y del funcionamiento del libre mercado. Tal expresión fue objeto de pugna en las recientes elecciones entre los candidatos principales de ambos partidos tradicionales; y hoy en día se pueden apreciar, tanto en el Partido Colorado como en el Partido Nacional, importantes corrientes internas que se postulan como representativas de este proyecto en el sistema político nacional.

UN FUTURO INCIERTO Y APASIONANTE

La conclusión que se deriva de las afirmaciones expresadas en este artículo es que las causas de este tiempo de transición política son tan profundas que hacen extremadamente difícil predecir su desenlace futuro. El cambio en los órganos y mecanismos de intermediación política, la redefinición de las referencias simbólico-institucionales de los partidos, la posible alteración de la importancia de la política en la vida de los uruguayos con la consiguiente transformación en sus articulaciones de identidad, son procesos demasiado complejos como para pretender un pronóstico preciso sobre incidencia en el sistema de partidos.

Obviamente, ésta no será ajena a la dilucidación de las redefiniciones señaladas en el párrafo anterior que, por otra parte, están afectando en mayor o menor grado a todos los partidos. La conclusión incontestable es que ningún partido tiene, hoy en día, su destino asegurado, pero al mismo tiempo, los movimientos en la esfera de los actores colectivos tendrán mayor o menor éxito en la medida en que demuestren su capacidad de

sintonía y adecuación a los fenómenos de cambio que están ocurriendo en el conjunto de los ciudadanos.

Mucho dependerá de la capacidad de los grupos políticos de entender esta situación y, fundamentalmente de demostrar capacidad de propuesta y de gestión para responder a las demandas y a las novedades que surgen de las nuevas lógicas de acción de los ciudadanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, César, *Elecciones uruguayas. Un marco de análisis preliminar*, CIEDUR, Montevideo, 1983.
- Aguiar, César, *Clivajes sociales, tiempos políticos y redemocratización*, CIEDUR, Montevideo, 1984.
- Aguiar, César, *Elecciones de 1989: un paréntesis de predictibilidad del sistema político*, ponencia presentada a Seminario "Propuestas políticas, comportamientos electorales y perspectivas de gobierno en el Cono Sur", inédita, Montevideo, noviembre de 1990.
- Albornoz, Alfredo, *Elecciones*, edición de la Cámara de Representantes, Montevideo, 1989.
- Álvarez, Luciano, "La mediatización de la político. Reflexiones sobre el ágora electrónica", en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 49, Montevideo, 1989.
- Argones, Nelson y Pablo Mieres, "La polémica en el Frente Amplio: pugna por contenidos organizacionales o institucionales?", en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 49, Montevideo, 1989.
- Argones, Nelson; Rosario Beisso, José Luis Castagnola y Pablo Mieres, *Un modelo teórico para la investigación de las identidades sociales*, Serie Investigaciones, núm. 57, mimeo, Montevideo, 1989.
- Beisso, María del Rosario y José Luis Castagnola, "Identidades sociales y cultura política en Uruguay", en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 44, Montevideo, 1988.
- Caetano, Gerardo y José Pedro Rilla, "El sistema de partidos, raíces y permanencias", en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 31, Montevideo, 1984.
- Caetano, Gerardo y José Pedro Hilla, "Izquierda y tradición en Uruguay", en *Suplemento La Lupa de Semanario Brecha*, Montevideo, julio de 1988.
- Equipos consultores, *Estudios de opinión pública 1984 a 1989*, Montevideo.
- Fabregat, Julio T., *Elecciones uruguayas. 1962, 1966 y 1971*, Ediciones de la Cámara de Senadores, Montevideo.
- González, Luis Eduardo, *El sistema de partidos y las perspectivas de la democracia uruguaya*, CIESU, documento de trabajo, núm. 90, Montevideo, 1985.
- González, Luis Eduardo, "Las bases sociales de los partidos", serie de artícu-

los que constituyen la versión de un capítulo de la tesis doctoral inédita del autor, publicada en *Semanario Búsqueda*, Montevideo, marzo de 1988.

- Lanzaro, Jorge, *Estado y política en el Uruguay post-autoritario*, ponencia presentada en el seminario “Propuestas políticas, comportamientos electorales y perspectivas de gobierno en el cono sur”, organizado por OBSUR, inédito, Montevideo, noviembre 1990.
- Mieres, Pablo, “Un sistema de partidos en transición. Notas preliminares a propósito de los resultados de las Elecciones Nacionales de 1989”, en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 53, Montevideo, 1990.
- Mieres, Pablo, “¿Cómo votan los uruguayos”, en *Serie Argumentos*, núm. 12, CLAEH-EBO, Montevideo, 1988.
- Panizza, Francisco, “Uruguay: batllismo y después”, en *Temas del siglo XX*, núm. 41, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990.
- Pérez, Romeo, “Los partidos en el Uruguay moderno”, en *Cuadernos de CLAEH*, núm. 31, Montevideo, 1984.
- Rama, Germán, *El club político*, Editorial Arca, Montevideo, 1971.
- Real de Azúa, Carlos, *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, CIESU-EBO, Montevideo, 1984.